



Adoración - Devocional 2:

El primer paso: Limpieza espiritual

El cantor del Rey

Había una vez un cantor que ansiaba tener un gran honor: cantarle al rey. Se preparó, afinó su instrumento y se dirigió hacia el palacio real. Allí se realizó su sueño: lo hicieron pasar hasta la sala del trono y comenzó a cantar para el rey. La canción era hermosa, dulce y melodiosa. Pero, ¿qué sucedía? El rey estaba inquieto. Pronto sacó un finísimo pañuelo y se tapó la nariz. Enseguida llamó a sus asistentes y les dijo en voz baja

“Saquen a este cantor de mi presencia. Traigan perfume. Desinfecten la sala”.

Aquel cantor no era nada amigo del agua y jabón. Desaseado y maloliente estaba allí tratando de agradar al rey con su canto. Al comprender su terrible error, se arrepintió, se bañó de pies a cabeza, cambió sus ropas luego, perfectamente limpio, volvió al salón del trono. Entonces sí, el buen rey lo escuchó con inmenso agrado.... ¿No nos pasará a veces algo parecido cuando cantamos alabanzas a nuestro Rey, el Señor Jesucristo?. ¿Y cuando oramos? ¿Cuándo queremos servirlo? ¿Esta limpio nuestro corazón? El pecado, presente en nuestras vidas es algo “sucio y maloliente” ante el Señor. Antes de hacer algo para servirlo, miremos con sinceridad el estado de nuestro corazón. Reconozcamos la realidad de su condición y pidámosle a El que nos perdone y limpie. Entonces sí, El nos escuchará y nos verá con agrado. No tendrá que taparse la nariz sino que se gozará en tenernos cerca y disfrutará del perfume de nuestro corazón

Lectura: Éxodo 30:17-21

Hoy en día el hombre se preocupa mucho por la importancia de la descontaminación, y con razón. Pero hace muchos años, Dios mostró a la humanidad una necesidad más crítica, la de llevar a cabo una limpieza espiritual. Eso lo vemos en el lugar conocido como tabernáculo de reunión. Entre el altar de bronce del holocausto y el tabernáculo de la reunión había una fuente de bronce donde el sacerdote de Dios se lavaba las manos y los pies antes de entrar al lugar santo (Ex. 30:17-21). Dios les estaba enseñando que después que El había provisto un sacrificio en el altar era necesario seguir juzgándose y limpiándose a sí mismo de la contaminación personal.

Este principio todavía se aplica hoy. Únicamente la persona que esta limpia puede entrar en el lugar santo de adoración, comunión y servicio. Puesto que los creyentes somos sacerdotes (Ap. 1.6), debemos tener cuidado de lavar nuestros corazones diariamente, como lo refleja el texto siguiente, ser sinceros con nosotros mismos

Para meditar y aplicar en nuestra oración personal:

“... teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura.” Heb. 10.19-22

“Exámíname, Oh Dios, y conoce mi corazón; Pruébame y conoce mis pensamientos; Y ve si hay en mí camino de perversidad, Y guíame en el camino eterno. (Salmo 139.23-24)

Dios te ha ministrado a través de su Palabra, ahora espera que le entregues la adoración que brota de tu corazón